

Katharina Winkler
CÁRDENO ADORNO

NOVELA INSPIRADA EN UNA VIDA REAL

TRADUCCIÓN DE RICHARD GROSS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2018
TÍTULO ORIGINAL: *Blauschmuck*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

© Suhrkamp Verlag Berlin, 2016
All rights reserved by and controlled through
Suhrkamp Verlag Berlin
© de la traducción, Richard Gross, 2018
© de esta edición, Editorial Periférica, 2018
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-73-1
DEPÓSITO LEGAL: CC-297-2018
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Los niños somos un rebaño.

Olor a verano segado. El heno es nuestro lecho. Yacemos unos encima de otros, atravesados. Quién va a saber de quién es esta mano o aquel pie.
¿De madre?

Respiramos hondo. Olemos a jornada vencida. A sudor, a sol. Nos tiramos pedos en la cara.

Oigo decir que los niños somos diez. Oigo decir que yo soy la séptima.

Mi madre va pariendo como una vaca, niño tras niño, entre siembra y cosecha, entre cosecha y siembra. Gorda y pesada, voltea el heno al calor del mediodía. Entre dos horcadas una criatura le cae del vientre. Una vez es niño, otra niña, una vez niño, otra niña, niño... como perlas ensartadas en el hilo.

Sólo una vez llegó niño tras niño, pero murió,
y la siguiente fue niña.

Hay más rebaños de niños en nuestras lomas.

Nos llamamos Aliye, Hüseyin, Fatma, Mehmet,
Yıldız, Ali, Filiz, Sayit, Zehra, Remzi, Selin, Veli.

Cabras, cabritos, carneros, corderos, criaturas,
vacas, becerros, burro, caballo. Somos rebaño y
pastores al mismo tiempo. Nos cuidamos unos a
otros. Nos alimentamos unos a otros, y unos a otros
nos pegamos en los costados. Madre nos cuida de
padre, padre nos cuida de los lobos, los niños nos
cuidamos unos a otros como se cuidan entre sí las
ovejas y los corderos y las cabras y los cabritos;
Hüseyin y Mehmet cuidan las vacas, Sayit y Zeh-
ra las cabras, Yıldız las ovejas.

Yo cuido los corderos.

Los lobos vienen volando sobre la loma, uno tras otro, seis, siete, una manada. Colmillos al aire, se abalanzan sobre las ovejas, despedazan las presas, sus vísceras y estómagos repletos de hierba, se arrancan la carne de las fauces unos a otros, esqueletos temblorosos que bailotean entre los animales muertos.

Devoran.

Los lobos devoran a las ovejas. Las destripan. Hurgan en sus entrañas.

Bazo, pulmón, hígado, intestino, corazón.

La muerte es roja. Sangre sobre lana blanca. Sangre sobre prado verde. Rastros de sangre, regueros de sangre, sangre que gotea, que chorrea, que corre.

Cuando la manada se repliega llegan las moscas. Nubarrones negros se ciernen sobre los cadáveres.

De pronto, entre las ovejas, aparece Yıldız. Su negra trenza gotea, mojada por el juego en la orilla.

¡Padre me matará! ¡Padre me matará!

Y:

¡Filiz! ¡Filiz!

Como si yo supiera qué hacer. Siento, a mis espaldas:

Padre. Lo veo en el rostro de Yıldız. Sube a la carrera por la loma, levanta sus manos curtidas y grita, desesperado: ¡Alá!

Desperdigados por el campo de batalla están el té, el azúcar, la sal para los animales, la ropa para el año que viene.

Padre llama a los hijos varones. Hüseyin y Mehmet llegan corriendo, y maldicen, y se lamentan: ¡Alá! Después arrojan los cadáveres en carretillas.

En carretillas traqueteantes los muertos vuelven al establo.

Yıldız ha desaparecido.

El resto de la familia se reúne en el establo, les vacía las tripas a los animales.

Madre se apena por la lana tinta en sangre, que ya no podrá blanquear ni colorear.

Cuando oscurece, padre va a buscar a Yıldız. Atraviesa, amenaza viva, el establo y el pasto. Yıldız se ha agazapado en el matorral, como una liebre.

Cuando padre la descubre, Yıldız echa a correr, cruza ansiosa el pasto, las lomas, la oscuridad del prado, y se refugia en lo alto de un árbol.

Padre lanza amenazas hacia las ramas, intenta trepar, cae, maldice, cae.

Amanece cuando padre emprende el camino de vuelta a casa, a su cama. Allí duerme madre. Con los ojos abiertos. Espera a que la respiración de padre se vuelva honda y acompasada, entonces se atreve a salir hacia el árbol. Le alcanza a Yıldız comida por entre las ramas:

Quédate donde estás.

Desde mi lecho nocturno veo a mi hermana entre las ramas en la noche clara de luna.

Al día siguiente comemos carne asada de oveja.
Compartimos nuestra carne con los lobos.

Cuando padre entra en casa, el silencio lo acompaña.

Nos ponemos de pie, nuestros ojos se ponen de acuerdo, Yıldız le acerca una silla por la espalda, Fatma le saca la chaqueta por los hombros, yo corro a la cocina, a la tinaja, y vierto agua en el barreño, tres cazos. Fatma, de cuclillas ante padre, le ha desatado las botas, le quita la bota derecha por el talón, yo me acuclillo junto a ella y cojo la otra, el pie de padre está húmedo y caliente. Lo sumerjo en el agua fresca, y lava que te lava le voy borrando la jornada de la planta.

Zehra me tiende la toalla, froto el pie hasta dejarlo seco y lo deslizo, de mi mano a la sandalia.

Madre ha horneado. Hay pan de pita con judías y queso y ayran fresco.

Durante la comida permanecemos mudos. Tal como padre nos quiere.

El honor está por encima de todo, dice padre.
El honor nace del sol.
El honor nos deja dormir en paz.
Lo respiramos. Hacia dentro y hacia fuera.
De noche y de día.
El honor debe prosperar en nuestros campos.
Es nuestra comida, y las madres nutren con él
a sus hijos.
El honor es, para mi padre, lo más importante.
Más importante que nosotros, los niños. O que
madre.
El honor está por encima de todo, dice padre.
El honor me gana en altura.

Tenemos seis huertos. Tenemos patatas, cebollas, pepinos, tomates y pimientos, judías y lechugas, maíz y albahaca, melones, garbanzos y repollo. Manzanas, peras, albaricoques, moras, ciruelas, uvas.

Nuestro suelo es pedregoso. El huerto del vecino es más grande y exuberante.

La fruta del huerto del vecino es nuestra, dice madre, la sembró el abuelo.

Cuando padre era joven, los vecinos llamaron a un hombre de leyes de Kiġi y declararon suyo el huerto. Sentado a su mesa, padre asentía en silencio a los cuatro hijos del vecino.

Padre no tenía hermanos, de manera que ellos eran la ley.

El hombre de leyes midió el terreno y consignó en acta cuanto le dictaron.

Seguidamente, los vecinos llenaron las copas y brindaron con padre por una buena vecindad.

Cuando las moras del vecino están rojas, los niños robamos de vuelta lo que es nuestro. El dulce jugo se nos escurre por la barbilla.

Lo que no podemos comer lo recogemos en cestas y se lo llevamos a madre. Secamos en verano, lo guardamos en el sótano y nos lo comemos en invierno.

El río lo compartimos con los vecinos. Para nosotros fluye nueve días al mes. Los demás, los vecinos lo desvían a sus campos y huertos. Entonces nosotros esperamos el río.

Oigo su rumor mucho antes de que llegue.

Un día giramos la palanca de madera y esperamos. El río no venía. El verde del huerto era precario. Con la garganta seca, Hüseyin, Fatma y yo remontamos el lecho polvoriento. Los vecinos de más arriba habían robado el río desviándolo a su huerto. Sus tomates lucían el arrebol vespertino.

Cuando se lo contamos a madre, se puso hecha una furia y zaqueó hacia arriba por los pardos prados, jadeante y dando voces que sacaron a la vecina de su casa, profiriendo maldiciones que rodaban valle abajo. Padre salió raudo del establo y subió por la loma para salvar su honor. Desde

detrás de la loma asomó Aylin, la hija del ladrón; la saludo con la mano y ella corresponde a mi saludo.

Días después, madre y la vecina charlaban en nuestra casa, como si no hubiera pasado nada. Donde vivimos, los humanos son escasos.